

EL CUENTO ECONÓMICO

JOSÉ GUILLERMO ÁNJEL RENDO

memoanjel5@gmail.com

Jugando a la lotería o viendo tranquilamente la televisión una noche cualquiera, cuando me echaba al bolsillo algún objeto perteneciente a los Keskin...

Orhan Pamuk. *El Museo de la Inocencia*.

La economía es la ciencia del manejo de la escasez. Desde este axioma, todo empeño en crear abundancia de lo mismo, es la quiebra de la economía. Por esto muchos pobres afectan el desarrollo económico, igual que una multitud de empresas que producen igual producto, que terminan saturando los mercados. El asunto es simple: a más oferta que demanda, los precios caen y llegan a ser nada. Es lo que pasa con la inflación, donde el exceso de dinero en el medio hace que los productos necesarios sean inalcanzables. En tanto que el objeto no cambia en términos de cantidad pero si el valor de acceso a él. En fin, quebrar una economía es fácil cuando esta se sale de los parámetros de la realidad y entra en los de la ficción. Ya se sabe, el deseo es una idea falsa.

En literatura, todo es cierto menos lo que está pasando. La ficción está en lo que sucede y es el resultado de la violentación de la realidad. En las historias de Kafka el sujeto desaparece y el único rastro que queda de él es la situación, que por lo común es absurda debido a que todo va en contra de lo que plantea la lógica. Así, llegar a la justicia, que está ahí (al otro lado de la puerta) no es posible porque alguien dice que hay que esperar. Ese guardián de la justicia anula lo justo. O, como en el caso de K, que es invitado a un castillo donde nadie lo necesita y al que K ha hecho el viaje para no ser necesario. En fin, de incoherencias estamos llenos. Este caos es el signo de la posmodernidad.

Uso este preámbulo para definir que la economía moderna (la de ahora, la de las burbujas), antes que una técnica de enriquecimiento de las naciones, es una fábula que se recrea en la frase esa de "el país está bien, muy bien, pero

la gente está mal", lo que ya es una contradicción digna de Melmoth el errabundo, el gran personaje gótico de la novela de Charles Maturín. Y es que un país es la gente en su totalidad, con todas sus circunstancias, y no un mapa o un concepto pegado a un muro o escrito en un tablero electrónico. Y si en ese país que supuestamente crece la gente está mal, entonces el país no tiene por qué estar bien, así las estadísticas y el PIB lo demuestran con cifras, curvas y sueños de planeación. En la economía política de David Ricardo, si las personas mejoran (se convierten en clase media), el país se activa en todos sus sectores. Si no, se puede esperar lo peor. Creo que esta premisa se nos ha olvidado en los países del tercer mundo, que se han ido convirtiendo en preámbulos del infierno en la tierra y, en consecuencia, en el Pandemonio de la imaginación de John Milton en el que cada vez son menos los espacios y más la gente (en este caso los diablos) que hay en ellos.

Dentro del pragmatismo de la filosofía norteamericana, la certeza de una verdad no es su lógica sino sus resultados. Y, como puede verse en nuestro país y en buena parte de América Latina (Homérica Latina, como la llamó Marta Traba), los resultados, medidos en bienestar de la gente, son fatales. Nunca tantos pobres habitaron una extensión tan grande y de posibilidades productivas superiores a muchos otros lugares. Contradictoriamente, dentro de la posibilidad económica de las ventajas comparativas, cayeron en estado de miserables. La pobreza, antes que falta de bienes, es ignorancia, mal gobierno y corrupción. Y si esos pobres se miserabilizan cuando el país va bien, el resultado es simple: la economía no funciona. A los pobres, si la economía va bien, hay que volverlos menos pobres y sacarlos de la ignorancia con el fin de que se vuelvan productivos, consuman regularmente, paguen impuestos y fortalezcan las instituciones con sus aportes. Pero si hay miseria que crece y clase media que disminuye, ningún país puede estar bien. Enrique VIII, el rey de Inglaterra vestía lujosamente y era perfumado con diversas fragancias, pero estaba podrido por dentro, cojeaba e infectaba a sus mujeres en sus artes amorosas. Sus cortesanos le decían está bien, pero a los ojos de los

demás estaba cada vez peor. Murió demente y poco se entendieron sus últimas palabras debido al terrible aliento que expelía por la boca. Sus palabras fueron dolorosas (malolientes) y no le permitieron mentir su situación.

La economía, como la patria, tiene su origen en la palabra hogar (sitio donde se producen y alcanzan logros). En el hogar está presente el fuego y este elemento, el único que podemos producir, es el transformador por excelencia. El fuego significa producción, fábricas, innovación. El real estado industrial del que habla John K. Galbraith, es el que, con sus factorías funcionando, produce el empleo y, debido a la calidad de los salarios, lleva a una distribución permanente del ingreso en bienes y servicios. Este ingreso, convertido en demanda agregada, mueve los sectores económicos, mejora las condiciones de vida, vuelve más creativas a las personas y el país crece. Pero esto no se logra soñando sino haciendo conforme a unas políticas claras de desarrollo, que comienzan con la educación y la salud terminan con la protección de deberes y derechos y una idea clara de futuro que no se cifra en esperanzas sino en acciones.

Pero qué sucede si carecemos de un sector primario (agropecuuario) fuerte debido a que el campo está en guerra o en planes de monocultivo creciente, lo que da el traste con los planes de independencia alimentaria y del fomento de empleos menores para la generación de empresas agrícolas diversas y de institutos campesinos dedicados a la investigación, a fin de lograr ventajas competitivas. Si analizamos el estado de este sector de la economía en nuestro país, vemos que no abastece bien y regularmente los mercados, que genera desempleo y, debido a esta situación, los alimentos se encarecen (comienzan a ser escasos o deben ser importados) y el trabajo disminuye, pues la desertización y la tecnificación del monocultivo anula la mano de obra, y como resultado la funcionalidad de la demanda agregada (la distribución del ingreso en compras a otros sectores de la economía). Y si bien se habla del sector de la minería, la explotación minera sin industrialización local antes que un recurso económico es un problema de enorme vacío

al futuro. Si lo que sacáramos de la tierra se convirtiera en industria nacional, es decir, en materias primas para transformar en herramientas y bienes de capital, en insumos para la tecnología... pero no es así.

Los sectores de la economía

Lo que hacen las concepciones mineras es llevarse las materias primas para transformarlas en los países industrializados, a la vez que para la extracción usan tecnologías tan avanzadas que la generación de empleo es mínima. De los países consumidores de nuestra materia prima barata llegarán los productos que se fabrican con ella, encarecidos por el dumping, la tecnología aplicada, la capacitación y los aranceles. Así que se tendrá acceso a ellos de manera reducida y dependiente del mantenimiento, el conocimiento y radio de aplicación, según los estudios y proyecciones de los expertos de las corporaciones. Y claro, llegarán también productos de fabricación masiva y por eso baratos como la telefonía celular, aparatos eléctricos algunos programas informáticos, etc., que sólo sirven para alimentar las utilidades de las franquicias, que son internacionales. Y que en términos de desarrollo son bastante pobres, en tanto que para saber usar lo moderno primero se debe ser intelectualmente moderno.

En el segundo sector, ese que Alvin Toffler llamó la segunda ola (la industrialización) los países tercermundistas vamos en picada. En nuestro país, por ejemplo, no hay industrialización hace más de tres décadas, desde que pagamos parte de la deuda externa en la no emisión de humos contaminantes. Es decir, desde que cedió su cuota de carbón para ser usada en la industrialización de otros países. Y si bien ecológicamente somos un país limpio porque no emitimos gases (lo que se contradice con la gran cantidad de vehículos que pudren el ambiente con sus emisiones de CO₂, aunque abundan los letreros de prohibido fumar), es la industrialización la que activa el sector primario y el de insumos y productos terminados, y como consecuencia, el empleo, la investigación y la innovación. La industria, quera-

mos o no, es el sector que activa las economías y establece los índices de desarrollo, los grados de bienestar de un país y el capital intelectual producido por el conocimiento. Pero si no hay industrias importantes sino una gran cantidad de pequeños negocios que son solamente un pan coger y no un índice real de desarrollo, es imposible hablar de economía en crecimiento y de intercambio competitivo. No es de extrañar que, donde las economías fracasan, sean los negocios criminales los que muevan y hagan circular el dinero a la par que deterioran la moral, el derecho y todo lo que constituye una sociedad para ser habitada sin miedo.

Sin industrias (que son las que generan no solo el producto sino el conocimiento), no importa que se importe porque eso que se importa ya está condicionando los límites de desarrollo, que no los impone el usuario sino el productor, que ha diseñado algo para llegar de A hasta B y no más allá. Además, la importación crea la dependencia tecnológica, cae más rápidamente en la obsolescencia y condiciona usos, aplicaciones y posibilidades de innovación. En otros términos impide la competitividad y simplemente nos convierte en usuarios y tecnócratas (administradores de la tecnología adquirida).

El sector de los servicios ocupa poca gente (por lo común a tecnócratas y personal de mantenimiento) y, como esta es tecnología adquirida de otros cualquier innovación es pobre. Total tampoco nos salva la tercera ola, que es la de la servucción. Así mismo, el sector de los servicios es el que más fácil reemplaza mano de obra por tecnología, lo que lleva a que cada vez menos personas accedan a este sector.

Queda entonces la opción de la inversión extranjera (las más de las veces capital de golondrina) que no invierte las utilidades en el país donde opera y trata de tecnificar al máximo sus formas de operación para que la cuota de empleo sea poca. Aclarando que la inversión extranjera nunca ha sido buena, en tanto que explota y se va. Ejemplo de esto son los países coloniales.

Las economías fuertes se nutren de inversiones locales que invierten sus utilidades en las regiones donde actúan, al igual que crecen los conocimientos y los convierten en nuevas producciones, sin que se presenten grandes salidas de capital. Las salidas de capital propiciada por inversión extranjera, empobrece en lugar de enriquecer, ya que no solamente sale el capital sino el capital intelectual, que aunque sea local, termina siendo patentado por el inversionista.

Pero, como digo, la economía en los países tercermundistas es un cuento que no se apoya ya en la teoría de la riqueza de las naciones sino en servir al incremento de capital de las corporaciones que, por ser supranacionales, parecieran no tener un lugar en la tierra sino en el ciberespacio, que es un continente que cambia con apenas hundir una tecla y desde el cual se han creado la últimas crisis económicas. Vale la pena anotar que el tercer mundo es un estado mental que cree más en la fantasía que en la realidad. O las realidades, como lo plantea Hugo Maturana al hablar del vivir, que es un vector que se complejiza con innumerables vectores.